

en columnas, y llevadas de su ejemplo, iban marchando en orden al traves de las cenizas ardiendo, de las vigas encendidas, de la sangre y los cadáveres que cubrian las calles y las plazas, por entre la horrorosa oscuridad de un humo denso, y el resplandor todavía mas horrible de las llamas devoradoras, y entre las ruinas de las casas, que se desplomaban con horrisono estruendo á sus lados, y sobre sus cabezas. Llegados al último atrincheramiento, lo pasan con la misma intrepidez, á pesar de la resistencia obstinada y feroz de los soldados de Nipsio, los cuales fueron destrozados ú obligados á encerrarse en la ciudadela.

El día siguiente, los habitantes despues de haber cortado el fuego, se hallaron en una tranquilidad profunda. Los oradores y los demas cabezas de partido se habian desterrado ellos mismos, menos Heráclides y Teodoto, su tio, quienes conocian bien á Dion, y no dudaban que templarian su enojo con la confesion de su yerro. Los amigos de Dion trataban de persuadirle, que jamas desarraigaria del seno del Estado la sedicion, peor que la tiranía, si se negaba á abandonar los dos culpados á los soldados que pedian se les castigase; pero él respondió con mansedumbre: « otros generales pasan su vida en el « ejercicio de las fatigas de la guerra, para pro- « porcionarse algun dia un triunfo, que suele

« ser debido á la casualidad. Educado en la escuela « de Platon, yo he aprendido á moderar mis pa- « siones, y para conseguir una victoria, que no « se pueda atribuir sino á mí mismo, debo perdo- « nar y olvidar las injurias. ¡Y qué! Porque He- « ráclides haya degradado su alma con su perfí- « dia y maldades, ¿ han de amancillar indigna- « mente la mia la ira y la venganza? No es mi « intento aventajarle ni en ingenio, ni en po- « der, sino vencerle á fuerza de virtudes, y ga- « narle á fuerza de beneficios.»

Entre tanto estrechaba de tal modo la ciudadela, que la guarnicion por falta de viveres no observaba ya ninguna disciplina, por lo cual se vió precisado Apolócrates á capitular; y obtuvo el permiso de salir con su madre, su hermana y sus efectos, que se embarcaron en cinco galeras. El pueblo concurrió á la costa, á contemplar tan dulce espectáculo, y gozar tranquilamente de este hermoso día, que alumbraba por fin á la libertad de Siracusa, á la retirada del heredero de sus opresores, y á la total destruccion de la mas poderosa tiranía.

Apolócrates fué en busca de su padre Dionisio, que estaba entonces en Italia; y evacuada la ciudadela entró Dion en ella. Aristómaca, su hermana, é Hiparino, su hijo, volaron á encontrarle, y recibieron sus primeras caricias. Seguíanles Areté, temblando, fuera de sí, y deseando y

temiendo poner en él los ojos bañados en lágrimas. Habiéndola Aristómaca tomado por la mano, dijo á su hermano: « no es posible explicaros lo « que hemos sufrido durante vuestra ausencia; « vuestro regreso y vuestras victorias nos permiti « ten al fin respirar. Mas ¡ay! mi hija, obligada « á expensas de su ventura y de la mía, á con « traer nuevo empeño; mi hija es infeliz en me « dio de la alegría universal. ¿Qué es lo que pen « sais de la fatal necesidad á que la redujo la « crueldad del tirano? ¿ Debe saludaros como á « su tío, ó como á su esposo? » Dion, sin poder reprimir las lágrimas, abrazó tiernamente á su esposa; y habiéndole entregado su hijo, le suplicó que aceptase la humilde habitacion que habia escogido para sí; puesto que no quiso vivir en el palacio de los reyes.

No era mi designio formar el elogio de Dion, si solo referir algunas de sus acciones; y aunque el interes que ellas me inspiran, me haya hecho ya alargarme bastante, no puedo, á pesar de eso, resistirme al placer de seguir hasta el fin de su carrera á un hombre, que en todos los estados, en todas las situaciones, fué siempre tan diferente de los demas, como semejante á sí mismo, y cuya vida suministraria las mas bellas acciones á la historia de la virtud.

Despues de tantos triunfos, determinó Dion cumplir en público y en particular con lo que

debía á los compañeros de sus trabajos, y á los ciudadanos que habian acelerado la revolucion. A unos hizo partícipes de su gloria, y á otros de sus riquezas: sencillo, modesto en el vestir, en el comer, en todo lo que le tocaba, no se atrevia á ser magnífico, sino en el ejercicio de su generosidad. En tanto que cautivaba la admiracion, no solamente de la Sicilia, sino de Cartago y de toda la Grecia; en tanto que Platon le advertia en una de sus cartas, que toda la tierra tenia los ojos puestos en él, Dion los ponía en aquel corto número de espectadores ilustrados, que no reputando en nada sus hazañas, ni sus victorias, esperaban á verle en el momento de la prosperidad, para concederle su estimacion ó su desprecio.

En efecto, en su tiempo habian concebido los filósofos el proyecto de trabajar seriamente en la reforma del género humano. El primer ensayo debia hacerse en Sicilia, con cuya mira emprendieron al principio formar el alma del joven Dionisio, que dejó burladas sus esperanzas. Dion las habia hecho revivir, y le habian acompañado en su expedicion, muchos discipulos de Platon; con cuyas luces, con las suyas, y las de algunos corintios, que por su diligencia habian venido á Siracusa, estaba bosquejando el plan de una república, que conciliase todos los poderes y todos los intereses, en lo que pre-

feria un gobierno mixto, en donde la clase de los principales ciudadanos sirviese de contrapeso al poder soberano y al del pueblo; queriendo ademas que el pueblo no diese su voto, sino en ciertas ocasiones, como se hacia en Corinto.

Sin embargo, no se atrevia á empezar su obra, detenido por un obstáculo casi insuperable. Heráclides no cesaba, despues de su reconciliacion de atormentarle con intrigas claras ú ocultas; y como la muchedumbre le adoraba, no tenia Dion por cordura el adoptar un proyecto que destruyese la democracia. Los partidarios de Dion le propusieron mas de una vez, que se deshiciese de aquel hombre inquieto y turbulento; y aunque siempre se habia resistido á ello, al fin á fuerza de instancias, le hicieron dar su consentimiento. Esto dió motivo á que se sublevaron los Siracusanos, y aunque Dion logró apaciguarlos, no quedaron contentos de una accion que las circunstancias parecian justificar á los ojos de la política; la que ademas llenó su alma de remordimientos, y amargó el resto de sus dias.

Libre ya de este enemigo, halló á poco otro mas pérfido y mas peligroso. Cuando estuvo en Atenas, le habia recibido en su casa un vecino de esta ciudad, llamado Calipo, quien logró su amistad, de que no era digno, y le acompañó á Sicilia, donde elevado á los primeros grados mi-

litares, dió pruebas de corresponder á la eleccion del general, y ganó la confianza de las tropas.

Muerto Heráclides, conoció Calipo que solamente le costaria una maldad hacerse dueño de la Sicilia, dado que la muchedumbre necesitaba de un caudillo, que halagase sus caprichos, y cada vez estaba mas recelosa de que Dion la despojase de su autoridad, para apropiársela él, ó pasarla á la clase de los ricos: ni tampoco faltaban políticos, entre las gentes ilustradas, que conjeturasen que no se resistiria siempre al atractivo de una corona, reputando delito sus sospechas. La mayor parte de aquellos guerreros que habia traído del Peloponeso, y que el honor mantenía en su séquito, habian muerto en los combates. Por último, cansados todos los ánimos de la inaccion y de las virtudes de Dion, echaban menos la licencia y las facciones, que habian tenido en ejercicio su actividad por tanto tiempo.

Todo esto lo tuvo presente Calipo para urdir su trama insidiosa; á lo que dió principio hablando á Dion del descontento real ó supuesto, que las tropas manifestaban de cuando en cuando; y aun logró que le autorizase para explorar la disposicion de los ánimos. Con esto se iba insinuando con los soldados, y animaba y comunicaba sus intentos á los que recibian bien sus insinuaciones. Los que las resistian con indi-

gnacion, iban en vano á denunciar á su general esta conducta de Calipo: pues se regocijaba viendo en ello el proceder de un leal amigo.

La conjuracion hacia progresos de dia en dia, sin que Dion pensase en dar á este negocio la menor atencion. Verdad es que llegó á recelar en vista de tantos indicios como le venian de todas partes, y que hacia tiempo inquietaban á su familia; pero atormentado de la memoria de la muerte de Heráclides, que no se apartaba de él, respondió que queria mas perecer mil veces, que tener que cautelarse continuamente de sus enemigos y de sus amigos.

Jamas Dion reflexionó debidamente en la eleccion de sus amigos; y cuando llegó á convencerse de que la mayor parte de ellos eran unas almas viles y estragadas, no hizo uso de ello, sea porque no los creyese capaces de un exceso de maldad, ó sea por creer que debia abandonarse á su destino. Ciertamente debia de hallarse entonces en uno de aquellos momentos, en que la misma virtud se desalienta, al ver la injusticia y malignidad de los hombres.

Como la esposa y la hermana de Dion andaban indagando con suma diligencia los trámites de la conspiracion, se presentó á ellas Calipo, anegado en lágrimas; y en prueba de su inocencia, ofreció sujetarse á las pruebas mas rigurosas. Ellas exigieron el juramento magno, que

es el único que atemorizaba aun á los mismos malvados; pero él lo prestó al instante. Llévanle pues á los subterranos del templo de Ceres y de Proserpina, donde acabados los sacrificios acostumbrados, se vistió el manto de una de estas diosas, y teniendo en la mano una tea ardiendo, las tomó por testigos de su inocencia, y pronunció imprecaciones terribles contra los perjuros. Concluida la ceremonia, se fué á preparar las cosas para ejecutar su proyecto.

Elegió el dia de la fiesta de Proserpina, y sabiendo con certeza que Dion no había salido de casa, se puso al frente de algunos soldados de la isla de Zacinto, de los cuales unos cercaron la casa, y entraron en un cuarto bajo, donde estaba Dion conversando con varios de sus amigos, que no se atrevieron á exponer sus vidas por salvar la suya. Los conjurados iban sin armas, y así se arrojaron sobre él, y le atormentaron largo rato con intencion de ahogarle; pero como todavía respirase, les echaron por la ventana un puñal, y se lo clavaron en el corazon. Hay quien diga que Calipo sacó la espada; pero no se atrevió á herir á su antiguo bienhechor. De esta manera murió Dion á la edad de cerca de cincuenta y cinco años, y el cuarto despues de haber vuelto á Sicilia.

* El año 555 antes de J. C.

Su muerte produjo una mudanza repentina en Siracusa. Los Siracusanos que empezaban á detestarle como á un tirano, le lloraron como el autor de su libertad. Hiciéronle funerales á expensas del tesoro público, y pusieron su sepulcro en el lugar mas eminente de la ciudad.

Sin embargo, á excepcion de una ligera conmocion, en la que se derramó sangre que no fué de los culpados, nadie se atrevió al principio á ir contra ellos, y Calipo recogió en paz el fruto de su crimen. Poco despues se reunieron los amigos de Dion para vengarle; pero quedaron vencidos. Derrotado despues Calipo por Hiparino, hermano de Dionisio, aborrecido y arrojado de todas partes, precisado á refugiarse á Italia con el resto de los bandidos, que seguian su partido, murió al fin en suma miseria, trece meses despues de la muerte de Dion, y segun se dice, le hirieron con el mismo puñal que quitó la vida á este hombre grande.

Mientras que en Sicilia se trabajaba en destruir la tiranía, Atenas, que hacia tanto alarde de su libertad, apuraba sus recursos en vanos esfuerzos para volver á subyugar los pueblos, que años antes se habian separado de su alianza*; con cuya mira resolvió apoderarse de Bizancio, haciendo partir al intento ciento y veinte galeras,

* Véase el capitulo xxiii de esta obra.

al mando de Timoteo, de Ificrates y de Cares; los cuales pasaron al Helesponto, donde las alcanzó muy pronto la armada enemiga, casi igual en fuerza. Disponíanse de una y otra parte para el combate, cuando sobrevino una tempestad violenta; no obstante lo cual fué de parecer Cares de dar la batalla; y como los otros dos generales, mas hábiles y mas prudentes se opusiesen á su parecer, denunció públicamente su resistencia á los soldados, valiéndose de esta ocasion para desacreditarlos. Oidas las cartas en que se les acusaba de traicion, el pueblo lleno de ira les mandó venir inmediatamente, y se les formó causa.

Las victorias de Timoteo, setenta y cinco ciudades que habia reunido á la república, los honores que se le habian dispensado en otro tiempo, su ancianidad, la justicia de su causa, nada pudo librarle de la iniquidad de los jueces, quienes le impusieron una multa de cien talentos*, que no podia pagar; y así se retiró á la ciudad de Calcis en la Eubea, no poco indignado contra unos ciudadanos á quienes habia enriquecido tantas veces con sus conquistas; los cuales despues de su muerte manifestaron un arrepentimiento tan infructuoso como tardío. De esta manera pagó el desprecio con que habia mirado

* Quinientas cuarenta mil libras: (2,011,764 rs. vn.)

siempre á Cares. Un dia en que se trataba de la eleccion de generales, algunos oradores asalariados, ensalzaban á Cares, para excluir á Ificrates y Timoteo, atribuyéndole las calidades de un robusto atleta; á lo que añadian que estaba en lo mas robusto de su edad, y tenia resistencia para sufrir las mayores fatigas. « Un hombre como este necesita el ejército.— Sin duda, « dijo Timoteo, para portear el bagage. »

La sentencia de Timoteo, no bastó para saciar el furor de los Atenienses, ni pudo intimidar á Ificrates, que se defendió con intrepidez. Se notó la expresion militar de que se valió para poner ante los ojos de los jueces la conducta del general que habia jurado perderle. « Mi asunto me arrastra, dijo; acaba de abrirme un camino al traves de las acciones de Cares. » En la continuacion del discurso apostrofó al orador Aristofon, que le acusaba de haberse dejado sobornar, diciéndole en tono grave: « decidme, « ¿hubierais cometido una infamia semejante? « — No, ciertamente, respondió el orador. — « ¿Y quereis, replicó Ificrates, que yo haya « hecho lo que Aristofon no se hubiera atrevido « á hacer? »

A los recursos de la elocuencia, juntó otro que le pareció mas seguro; y fué rodear el tribunal con varios oficiales jóvenes y adictos á sus intereses; y él mismo dejaba descubrir á los

jueces un puñal que traia escondido debajo del vestido. Salió absuelto, y no volvió á servir. Cuando le reconviniéron acerca de lo violento de este proceder, respondió: « he llevado por « mucho tiempo las armas por salvar á mi patria; y seria muy necio en no tomarlas cuando « se trata de salvarme yo. »

Entre tanto Cares no habia ido á Bizancio, y so color de que le faltaban viveres, se puso con su ejército al sueldo del sátrapa Artabazo, que se habia rebelado contra Artaxerxes, rey de Persia, é iba á ceder á unas fuerzas superiores á las suyas. La llegada de los Atenienses mudó el semblante de los asuntos: el ejército de este príncipe fué batido; y Cares escribió al punto al pueblo de Atenas, diciendo como habia ganado á los Persas una victoria tan gloriosa como la de Maraton; pero esta noticia solamente excitó una alegría pasagera, porque atemorizados los Atenienses con las quejas y amenazas del rey de Persia, dieron orden á su general de retirarse, y sin perder tiempo ofrecieron la paz y la independencia á las ciudades que habian intentado sacudir su yugo. Así se acabó esta guerra *, igualmente funesta á los dos partidos. Por una parte, algunos de los pueblos coligados, exhaustos de gente y dinero, quedaron sujetos al dominio de

* Bajo el arcontado de Elpines, año 536 y 535 antes de J. C.

Mausolo, rey de Caria; por otra Atenas, no solo quedó privada de los recursos que tenia en su alianza, sino que además perdió sus tres mejores generales, Cabrias, Timoteo é Ificrates. Por este tiempo tuvo principio otra guerra, que produjo un incendio general, y desplegó los grandes talentos de Filipo, por desgracia de la Grecia.

Los anfictions *, cuyo principal objeto es atender á los intereses del templo de Apolo de Delfos, se habian juntado, y los Tebanos, que de concierto con los Tesalos, dirigian las operaciones de este tribunal, acusaron á los Focenses de haberse apoderado de algunas tierras consagradas á este dios, y los hicieron condenar en una multa cuantiosa. El espíritu de venganza movia á los acusadores, mientras los Tesalos se avergonzaban todavía de las victorias que los Focenses les habian ganado en otro tiempo. La ciudad de Tebas, además de los motivos de rivalidad que hay siempre entre dos naciones confinantes, estaba indignada por no haber podido obligar á un habitante de la Fócide, á que devolviese una muger tebana, que habia robado.

Al primer decreto, se siguió en breve otro, que dedicaba al dios las tierras de los Focenses, autorizando además á la liga anfictiónica á pro-

* Bajo el arcontado de Agatocles, el año 536 antes de J. C.

ceder con rigor contra las ciudades que hasta entonces no habian obedecido á los decretos de este tribunal. Esta última cláusula tenia por objeto á los Lacedemonios, contra quienes hacia tiempo se habia dado una sentencia que no se habia llevado á efecto.

En cualquiera otra circunstancia los Focenses hubieran temido arrostrar los males que les amenazaban; pero entonces se vió, de cuán livianos motivos penden á veces las grandes revoluciones. Poco tiempo antes, dos particulares de la Fócide, queriendo lograr cada uno para su hijo una rica heredera, interesaron en su querrela á toda la nacion, y formaron dos partidos, que en las deliberaciones públicas, no escuchaban mas consejos que los del odio. Así fué, que apenas varios focenses propusieron el cumplir los decretos de los anfictions, cuando Filómeles, á quien sus riquezas y talentos habian puesto al frente de la faccion opuesta, sostuvo abiertamente, que ceder á la injusticia era la mayor y mas perjudicial baja; que los Focenses tenian derechos legítimos, no solamente á las tierras que cultivaban, sin que esto se pudiese graduar de delito, sino tambien al templo de Delfos; y que solamente les pedia su confianza para librarlos del castigo ignominioso decretado por el tribunal de los anfictions.

A su rápida elocuencia cedieron los Focenses;

y autorizado con poderes absolutos, vuela á Lacedemonia, hace que el rey Arquidamo apruebe sus proyectos, y alcanza de él quince talentos*, que juntos á otros tantos que él mismo ponía, le facilitaron tomar á sueldo un gran número de mercenarios, apoderarse del templo, cercarle con un muro, y arrancar de sus columnas los decretos infamatorios, que los anfictiones habían dado contra los pueblos acusados de sacrilegos. En vano acudieron los Locrienses á la defensa del asilo sagrado; pues fueron puestos en huida, y sus campos arrasados enriquecieron á los vencedores. La guerra duró diez años y meses. Mas adelante indicaré sus principales sucesos**.

* Ochenta y un mil libras : (mas de 300,000 rs. vn.)

** Véase el capítulo siguiente.



CAPITULO LXI.

CARTAS SOBRE LOS ASUNTOS GENERALES DE LA GRECIA, DIRIGIDAS
A ANACARSIS Y A FILOTAS, DURANTE SU VIAGE
A EGIPTO Y PERSIA.

Mientras estuve en la Grecia, había oído hablar tanto de Egipto y de Persia, que no pude resistir al deseo de recorrer estos dos reinos. Apolodoro me dió á Filotas para que me acompañase, prometiendo escribirnos cuanto ocurriese durante nuestra ausencia, é igual oferta nos hicieron otros amigos. Sus cartas, que pondré íntegras, ó algunos fragmentos de otras, no eran á veces mas que un diario: otras, venían acompañadas de reflexiones.